

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 210

25 cts

24 FEBRERO
1929



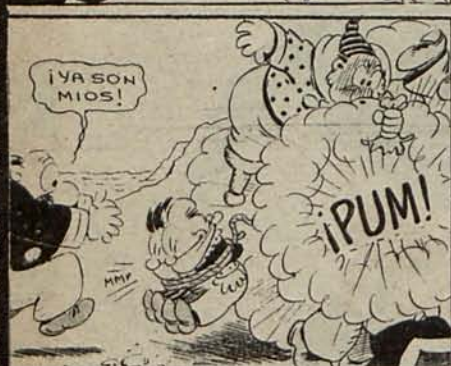
- YO SIEMPRE QUE VOY AL COLEGIO ME LLEVO UN BOCADILLO
- ¿POR QUÉ CURRINCHE?
- PORQUE EL MAESTRO ME DICE QUE PONGA PUNTO Y COMA

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por

(Continuación)

ALBERTO ORS

Y mientras que todos contemplaban estupefactos el minúsculo objeto, el sabio acercóselo a los labios, y aspiró

su contenido.

Instintivamente, todos extendieron los brazos hacia él. —¡Es demasiado tarde! —dijo él— cualquier cosa que quisiérais hacer para impedir la acción de la sustancia que ya ha penetrado en mi sangre, sería inútil. Yo me dormiré dentro de poco, para despertar... ¡quién sabe cuando! ¡Muy pronto, mis miembros se pondrán rígidos, se cerrarán mis ojos, mi respiración y mi corazón se detendrá y mi vida quedará en suspenso! ¡Dejadme que antes de que llegue ese momento, os manifieste mi último deseo!

A pesar de que el profesor hablaba con naturalidad, sus oyentes sentíanse oprimidos por una inexplicable turbación. El amplio y tosco subterráneo perdíase con su vasta circunferencia, en una oscuridad impenetrable, rasgada únicamente por dos luces, aquella que irradiaba del hogar junto al cual estaban sentadas Véra y la ciega, y el resplandor de los reflejos amarillentos de la antorcha que había en el centro de la mesa, alrededor de la cual estaban sentados los amigos del sabio. Éste, de pie, en medio de ellos, llevaba en sí, algo de místico y de apostólico, que encadenaba las voluntades y las almas.

—Fácilmente advertiréis —continuó él— que dentro de poco habrá desaparecido mi sensibilidad, que mis facultades mentales están en suspenso, y a los ojos de todos seré un cadáver. Entonces habré alcanzado mi propósito. Estaré dormido en un sueño profundo, verdadero hermano de la muerte, y ya no me angustiará el abominable espectáculo de la tortura de los cuerpos y de las almas. Entonces, amigos míos, os causaré la última molestia. Transportaréis mi cuerpo al sitio en donde se alzaba el templo de mis investigaciones científicas, y allí encontraréis en el terreno, una cripta, en cuya cripta me depositaréis, cubriéndome con las cenizas de las cosas que yo más he amado, surgidas de mi voluntad!

Tal vez el reino de la Verdad y de la justicia, no vuelva a existir ya en este mundo; la frase *adveniat regnum tuum* que millones de criaturas pronuncian diariamente, será, tal vez, siempre sólo un piadoso pero inútil augurio, un deseo angustioso y desolado de nuestra Tierra! Pero, si llegara ese día fulgurante de luz pura, si alguna vez los hombres, en un alba argen-

tada y sonora por mil voces de tripudio, se despertaran con la sonrisa de la bondad en el rostro, y las palpitaciones de la bondad en el corazón, entonces, yo saldré de la tumba, y volveré a respirar el nuevo aire, a ser feliz con aquella luz, con aquellas palpitaciones... y aquellas sonrisas!

¡Y volveré, gracias a vosotros! Vosotros, estéis en donde estéis aquel día, corred a mi tumba, apartad las cenizas, sacad mi cuerpo de su sepulcro, romped el frágil cuello de esta ampollita que yo os entrego, y verted entre mis labios su contenido. Aquel día, volveré a abrir los ojos, comprenderé que la libertad habrá vivificado la patria con su aliento, y vivificado yo también, reanudaré mi vida en el mismo punto en que la suspendo hoy... Pero si ese día no llegara... dejadme dormir eternamente, y sea esa ampollita, en vuestras manos, y las de vuestros descendientes, el símbolo y la promesa de una posible justicia!

Hacía algunos minutos que la voz del sabio habíase debilitado; la luz de sus ojos, como la de una lámpara que le va faltando combustible, lentamente se apagaba, y su figura, erguida de ordinario, tendía a encorvarse.

Sus amigos agrupáronse a su alrededor. Véra, abandonando su sitio junto a la ciega, habíase arrodillado a los pies del profesor.

—¡Ah! no —decía con voz entrecortada por los sollozos— no nos abandone! Yo y mis amigos, fuimos causa involuntaria de sus desdichas; su bondad, de la cual nos ha dado tantas pruebas, y cuyo inmenso valor yo conozco, no las merecía... No nos abandone... apóyenos con sus obras y sus consejos... déjenos tiempo para demostrarle todo nuestro afecto y reconocimiento...

Los presentes, callábanse conmovidos, mientras que la voz de Véra, temblaba de sollozos.

El sabio intentaba en vano permanecer en pie, pero las piernas no le sostenían ya, y cayó sentado sobre la silla que habíanle acercado. Mirando fijamente a Véra en el rostro, puso, haciendo un esfuerzo, la diestra sobre su cabeza, y pareció querer hablar... El sabio luchaba inútilmente, con un pesado e invencible sueño que invadía rápida y fatalmente. Llevóse una mano a los labios... Véra, al ver su boca seca, se levantó, y llenando de agua un vaso, llevóselo al profesor. Éste, aún tuvo fuerzas para beber un sorbo y pareció recobrar un poco de vigor. Hizo otro esfuerzo para hablar, pero su venerable cabeza doblóse sobre el pecho. Véra, con un gesto filial, llena de respeto y de cariño, levantó aquella blanca cabeza. Los párpados habían caído sobre los globos oculares, la respiración iba debilitándose gradualmente, y la piel, enfriábase poco a poco...

Todos los presentes, helados de estupor, y poseídos de respeto ante espectáculo tan inesperado, y tan dis-

tinto de las normales vicisitudes de la vida, contemplaban el paso gradual de aquel cuerpo, de la más noble y temeraria laboriosidad, al plácido y misterioso reposo actual.

Nadie atreviase a hablar. Pero en el ánimo de todos, albergábase una duda profunda; el profesor Guthowsky, ¿estaba dormido, o muerto? Véra tenía en sus manos la preciosa y misteriosa ampollita que encerraba la verdad, pero nadie habíase atrevido a infringir la voluntad del dormido... o del difunto.

Durante toda la noche, estuvieron velando el cuerpo sus amigos.

Al despuntar el alba, un alba de plata, rosada por los reflejos de la sangre, que inundaba la Rusia, lo acomodaron serenamente en el féretro. Después el triste cortejo, dirigióse al lugar, en donde aún estaban esparcidas las cenizas de la casita de campo de Guthowsky. Allí Wassili, Shasky, Jaskoff y Suwoff, excavaron el terreno, encontrando la cripta indicada, adonde bajaron el cuerpo helado y rígido del sabio! Véra, permaneció durante largo rato absorta, de rodillas sobre las cenizas que cubrían la cripta, en tanto que Wassili determinaba con toda exactitud el sitio en donde reposaba el féretro.

Cuando Véra se puso de pie, el sol ya estaba muy alto en el horizonte; hasta el bosque de Pargolowo, llegaban los ecos de las trompetas que acompañaban a las tropas hasta el Campo de Marte.

Los húmedos ojos de Véra, encontráronse con los de Zanobia.

—¡Y ahora, nosotros! —exclamó la joven rutena— ¡huyamos de este suelo maldito! ¡Huyamos de esta pesadilla, del terror, y de la muerte, y corramos en busca de la felicidad!

Véra movió la cabeza; sonrió a la audaz y serena amiga, y respondió con supremo desaliento:

—¡Como si mi desventura, pudiera aún ser feliz!...

EPÍLOGO

Dos meses después de los acontecimientos que acabamos de narrar, en una bella ciudad italiana, sonreída por las suaves auras del cielo, y por el soplo vivificador de la libertad, vivían felices dos parejas, rodeadas por la respetuosa y hospitalaria cortesía de sus habitantes.

A Wassili Dumitrowiech Orloff, no le había costado trabajo el ser admitido en el laboratorio científico de una Universidad, en donde desarrollaba felizmente y con la general aprobación, su actividad de biólogo disponiéndose a adquirir los títulos necesarios, para ejercer su profesión legalmente. Nadia, ya convertida en su esposa, confortábase en el largo y difícil camino, muchas de cuyas asperezas eran dulcificadas por la simpatía de sus hospitalarios compañeros, los cuales conocían y admiraban las terribles vicisitudes tan milagrosamente sufridas por el valeroso joven, y su temeraria y heroica compañera.

Shasky y Zanobia, formaban otra tranquila pareja. Estos, libres de cuidados económicos, pues tanto el uno como el otro habían podido llevarse consigo un importante capital, dedicaban su vida a la propaganda patriótica en pro de su desdichado país.

Véra vivía sostenida por un deber, y una fúlgida esperanza.

Su deber era el de sustituir, al lado de Sofia Duda, la tierna solicitud del mártir, destrozado por las garras del despotismo policiaco ruso; la esperanza era tal vez, una loca y generosa utopía. La joven esperaba vivir lo bastante para poder volver a su amado país, y abrir los ojos del profesor Guthowsky al sol de la libertad.

¿Cómo habían podido escapar de la estepa los desventurados? Debían el milagro, al avión negro de Volkoff.

Este, después de haber aniquilado los aerostatos militares, por los cuales había sido amenazado, vagaba por el aire sobre el bosque de Pargolowo, cuando vió un grupo de fugitivos a caballo, perseguidos a gran distancia, por una compañía de guardias de la policía.

Patko y María Vedmedka, habían conseguido su anhelado y diabólico designio.

Mr. Felipe, el rival de Zanobia Kaloazky, había convencido al Czar, de que ésta era una innoble hechicera, una cómplice de los terroristas. El horrible atentado, la misma mañana de la Gran revista, vino a confirmar esta acusación y Mr. Felipe consiguió que, por medio de un telegrama circular, se diera orden a todas las autoridades, de detener a Zanobia y sus compañeros, anulando el rescripto que estaba en poder de la rutena.

Patko y María Vedmedka, el uno espoleado por los celos, y la otra por el espíritu de venganza, guiaron a los agentes hasta la cabaña de los zingaros. Sólo que la cabaña estaba vacía. En represalia, fue incendiada, y los agentes lanzáronse en persecución de los fugitivos.

Volkoff y Dovydiv, comprendieron fácilmente que éstos debían de ser revolucionarios y cerniéndose sobre sus perseguidores, les lanzaron una bomba, hiriendo a muchos y matando a muchísimos. Entre éstos, figuraban Patko y María Vedmedka.

Aprovechando el momento favorable, el avión negro pudo descender, recoger a los fugitivos, y llevarlos al otro lado de la frontera occidental.

Los dos intrépidos aeronautas, una vez realizado el salvamento, no quisieron ya abandonar el reino del aire adonde, según decían, no podía alcanzarles la perversidad humana.

Sus amigos no volvieron a saber nada de ellos. Sin embargo, un día Suwoff y Jaskoff, los cuales se ganaban la vida en Italia dando lecciones de idiomas, leyeron en un periódico que un misterioso avión, habíase hundido en el golfo de Danzica.

Suwoff y Jaskoff creyeron comprender que aquel avión misterioso, era el de los dos audaces hombres que los habían salvado.

Alguno de los admirables y complicados instrumentos del prodigioso aparato, habíase roto, y la audaz batalla entablada por el hombre contra las leyes de la naturaleza, había sido perdida una vez más.

Algunas veces, en esos crepúsculos de oro difundidos por el cielo de Italia con tan inefable belleza y suavidad, Véra, se reúne con Zanobia y con Nadia, junto a Sofia Duda, la *mater dolorosa*, que anhela el momento de ir a reunirse en el cielo con su hijo.

Véra, pálida, triste, taciturna, impresa en su rostro la severa gracia del dolor, tiene fijos los ojos en el lejano horizonte, como si ella sola viese un punto determinado en el cielo sin confin...

Las dos amigas respetan el silencio de la joven..., pero se miran entre sí, y parecen comunicarse una duda sobre la razón de la desgraciada joven.

Éstas abrigan la certeza de que el profesor Guthowsky, el loco snblime, se ha arrebatado la vida con un veneno, y que duerme el último sueño, bajo la pelada tierra del bosque de Pargolowo... Cuando le manifiestan tal convicción a Véra, ésta sacude enérgicamente la cabeza, se reanima repentinamente, dilata los centelleantes ojos, y exclama:

—¡No! ¡no ha muerto! ¡resurgirá! ¡La justicia puede adormecerse, pero no puede, no debe morir!...

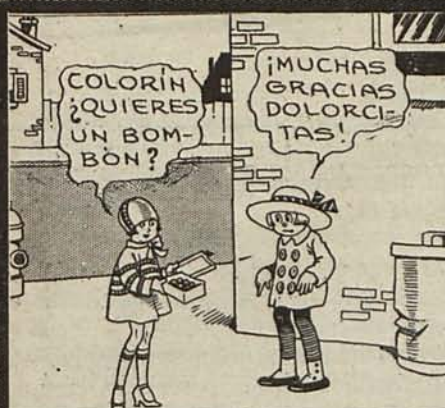
Después, vuelve a caer en su triste, y desconsolado silencio.

¿Quién se atreverá a asegurar que Véra no tiene razón?

FIN



COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER

EL FARO DE DHORIO

POR
E. JACOBARI

(Continuación)

un salto y tenía el terror retratado en el rostro y en los ojos.

—Juan—le preguntó— ¿no has sentido nada?

—¿Un ligero temblor?—dijo Juan que se había puesto lívido.

—Sí, la torre oscila al embate de las olas.

—Vé y avisa a Carmen.

—Me temo que esta noche el mar eche abajo el faro.

Tenía razón Miguel cuando afirmaba que la torre oscilaba durante la tempestad.

Mientras Enrique fué a despertar a su hermana, Juan, muy asustado había sacado la cabeza por entre los barrotillos para observar el Océano.

Era una noche terrible. El Atlántico ennegrecido mugía espantosamente y por entre sus inmensas oleadas no se veía ningún punto lu-

minoso que indicase la presencia de ningún buque en peligro.

Olas colosales chocaban contra los escollos y saltaban hasta las ventanas del torrero escupiendo nimbos de espuma sobre la cúpula de la linterna.

—Cualquiera diría que siento miedo y que presiento una desgracia próxima—murmuró Juan.

Viendo que subían Carmen y su hermano trató de mostrarse tranquilo para no asustarlos más.

—Juan,—dijo la pobre mujer. Esta noche es imposible dormir. El rugido de las olas se propaga hasta el interior de la torre con tal estrépito que es capaz de quitar el sueño a un muerto: hace poco he sentido temblar las paredes. ¿Se llevará el viento y el agua la linterna?

—No hay peligro—dijo su marido probando sonreír. —Los bloques están ligados a la cadena y los cimientos de la torre están profundísimamente cavados en el escollo. Te he mandado subir aquí porque estando sola podrías asustarte de las sacudidas que sufre la torre, pero no porque yo tema una catástrofe.

La hizo que se sentara junto a la linterna, le cubrió los hombros con una gruesa manta para protegerla de las salpicaduras de las olas, y se puso de centinela en el balconcillo externo junto a su cuñado.

Abajo el océano rugía cada vez con más estruendo.

Parecía como si aquella noche quisiera arrastrar de allí de un golpe a toda la escollera que durante tantos siglos había permanecido firme oponiéndose a su rabia y junto con ella a la torre. Juan afectaba estar en calma. Enrique, más joven, experimentaba a veces ciertas alucinaciones que suelen sufrir los torreros de faros: sea por la continuidad de la atención, por la soledad, o por la reclusión y continuo ruido del mar.

Le parecía a cada instante que la torre se hundía bruscamente en el escollo y que era arrastrado por las aguas o que veía pasar con rapidez por el mar naves fantásticas, o bien que veía en lontananza las luces de otros faros.

Ya estaban allí hacía más de una hora cuando les pareció que la torre temblaba otra vez pero con mayor fuerza que antes.

—¡Juan!—gritó Enrique con acento de espanto.





—¡Calla, no grites así!—le dijo el torrero—que vas a despertar a Carmen.

—La torre se tambaleaba otra vez, ¿no lo sientes?

—¡Sí, se mueve!

—¿Caerá?

—No lo sé; pero te digo que comienzo a tener miedo. ¡Y no se ve ni un barco!

—¿De qué nos serviría? Con este temporal nadie vendría en nuestro auxilio.

En aquel momento, después del asalto de una montaña de agua que arrojó sus espumas sobre los dos hombres, oyeron un terrible ruido metálico, como si sobre los escollos hubieran caído pesadas masas de hierro.

Enrique no pudo reprimir un grito de terror.

—¡La cadena se ha hecho pedazos!

Carmen despertó bruscamente al oír aquel grito y se abalanzó hacia los dos hombres teniendo que apoyarse en la pared: tan fuertes eran las oscilaciones del faro a quien las olas no cesaba de aporrear.

—¡Dios mío! —exclamó Juan.

El torrero sujetó a su esposa. Estaba lívido como un cadáver y miraba con los ojos extraviados, las enormes crestas de las olas que aparecían ante el balconcillo.

—Refugiémonos más abajo, en los almacenes o más abajo aún —dijo desesperado.

—La torre cruje —exclamó su esposa.

—Y la cadena ya ha desaparecido.

—¡Qué noche más terrible!

—No te asustes, Carmen —dijo— no hay razón aún para desesperar. Los bloques son enormes y están fuertemente trabados.

La prudencia les aconsejaba abandonar aquel lugar. La cúpula podría ser arrastrada al mar por el oleaje.

Regularon las mechas de la linterna a fin de que no se apagasen y después bajaron al piso inferior. Una escalerilla conducía a los almacenes que se hallaban a quince metros de altura y estaban protegidos por una fuerte jaula de hierro.

Allí estaban los barriles de aceite para la linterna y los víveres.

Se sentaron entre los barriles, pálidos y mudos escuchando con terror los mugidos de las olas. Las paredes de la torre seguían temblando y parecía que se iban a abrir de un momento a otro.

Juan estrechaba entre sus brazos a su mujer como si quisiera protegerla contra la rabia del mar, en tanto que Enrique se acurrucó contra la jaula de hierro.

Habían transcurrido escasos minutos desde que se habían refugiado en aquel lugar, cuando oyeron que las piedras caían rodando por la escalerilla.

Carmen lanzó un grito desgarrador de angustia.

—¡Juan! ¡La cúpula de la linterna se desploma!

En el mismo momento oyeron sonar en el mar algunos cañonazos. Debían haber sido disparados por algún buque en peligro.

El torrero, consciente de su deber, se separó de su esposa gritando:

—¡Enrique, a la linterna! Si se apaga, ese buque naufraga.

Carmen intentó contenerle, pero el valeroso torrero la separó de sí dulcemente, diciendo:

—¡Mi deber ante todo! El Gobierno me ha dado este cargo para seguridad de los navegantes, y no atenderlo me parecería una traición execrable.

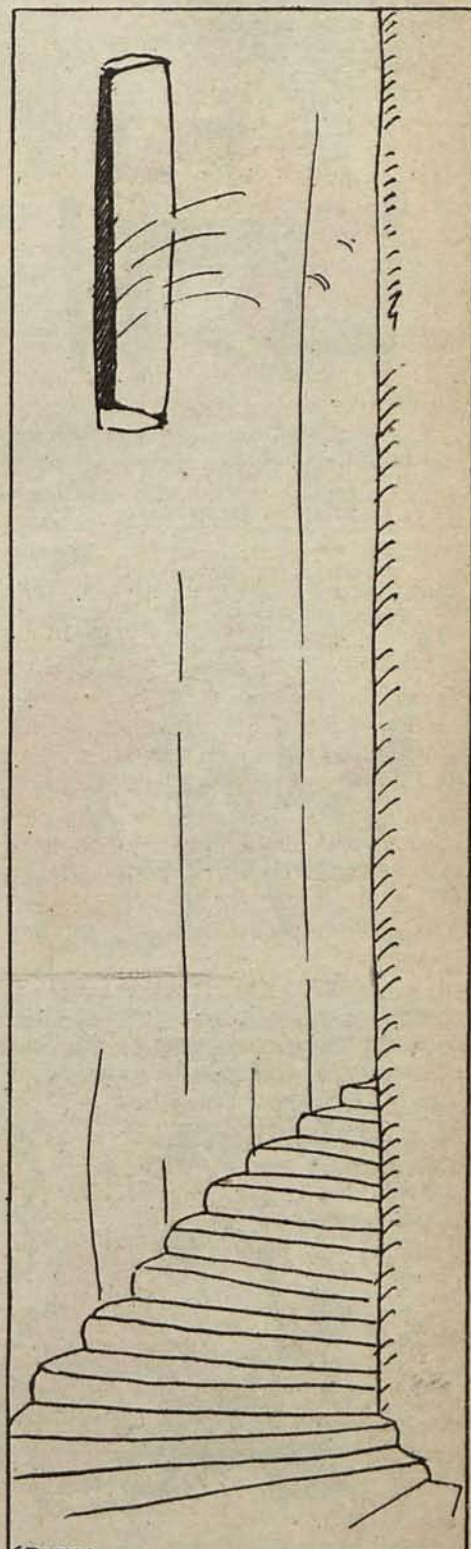
—¡Que la torre cruje, Juan!

—Me pongo en las manos de Dios.

Y subió la escalerilla sordo a las desesperadas llamadas de su esposa, seguido de su cuñado que quería compartir con él los peligros.

Seguían cayendo ladrillos y piedras de lo alto y los dos guardianes se veían muy apurados para evitarlos.

(Continuará en el número próximo)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HOY ES SAN PINOCHO, CURRINCHE ¿HAS PENSADO LO QUE LE VAMOS A REGALAR?

YO CREO QUE UN PIJAMA

ERES UN CURSI, NIÑO. LO MEJOR SERÁ UNA CESTA DE DULCES Y FIAMBRES



OYE, MORENO ¿CUAL TE GUSTA MAS?

A MI, ESA DE LA BANDERA ESPAÑOLA. YO CREO QUE ES LA MAS PATRIÓTICA



¡VAYA ALEGRÓN QUE VA A LLEVARSE PINOCHO CUANDO VEA EL REGALO QUE LE HEMOS COMPRADO!

¡MENUDAS GANITAS TENGO YO DE QUE LLEGUE MI SANTO



¡COMO SUDA USTED, DON TURU! YO CREO QUE ESO ES DEBILIDAD. CON UN POQUITO DE MERMELADA SE LE PASARÁ

TU HAS NACIDO PARA DOCTOR, CURRINCHE



ESTABA RIQUEZIMA LA MERMELADA, ¿VERDAD DON TURU?

COLOSAL, PERO ME HA DADO UNA SED QUE PARA QUÉ TE VOY A CONTAR

NO SE APURE QUE AQUÍ HAY CHAMPÁN



¡VAYA CHAMPÁN QUE LE HEMOS COMPRADO A PINOCHO!

¡ESTUPENDO! PERO ABRE UN APETITO QUE NO QUIERA USTED SABER



YÁ VOY TOMANDO FUERZAS, CURRINCHE. CON ESTE SALCHICHÓN ME VAA QUEDAR EL CUERPO COMO UN RELOJ

ESO ES MUY PESADO DE DIGERIR. PRE FIERO LOS MARRONES



OIGA, DÉJEME UN CHUPITO DE ANISETE.

NO; QUE TE HAS BEBIDO EL "CHARTRUSE" Y TE PUEDE HACER DAÑO



DE PARTE DE CURRINCHE Y DON TURULATO QUE AQUÍ LE TRAEMOS ESTA CESTA Y QUE LOS PASE MUY FELICES

CON UN PALMO DE NARICES



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



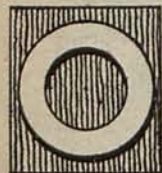
PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO



CUENTOS DE CALLEJA

HISTORIA DE OCHAVITO

Castillo



CHAVITO, desde muy pequeño, no tuvo otra pasión que la de reunir moneditas de a céntimo.

Si a sus hermanos les regalaban algún dinero, concluía por apoderarse de él, dándoles, en cambio, plumas y niñerías sin valor alguno, o puñetazos y puntapiés si de buen grado no accedían al cambio.

Una vez se fingió mendigo y anduvo pidiendo limosna. Los padres, viendo las inclinaciones del hijo, sufrían no poco y le regañaban mucho.

Como había oído en fábulas y cuentos que bajo la tierra se hallaban tesoros, le sucedió una vez que comenzó a cavar, hasta que hizo un hoyo muy profundo. En cierto punto encontró un cuerpo que ofrecía resistencia, y sospechó al instante que era un tesoro; vió una caja y se puso a saltar de contento. Estuvo un buen rato sin abrirla, porque no se atrevía. Al cabo dió un golpe tan fuerte que la tapa saltó en pedazos, pero en la caja no vió más que un esqueleto.

La impresión de miedo fué tal, que cayó al suelo desvanecido.

Al volver en sí, se halló en la cabaña de un campesino que le había recogido por compasión y conducido a su albergue.

—¿Qué es lo que hacías en el bosque?

—Buscaba un tesoro.

—Enséñame dónde está el tesoro o te aplasto—le dijo el labrador.

—Pues vamos a buscarle al bosque—dijo Ochavito—. Parémonos aquí—añadió, después de haber andado mucho.

Y comenzaron a excavar la tierra, hasta que hicieron un hoyo muy hondo.

—Estoy rendido—declaró el campesino—; si dentro de cinco minutos no he hallado el tesoro, te entiero en este agujero.

—¡Animo! Seguid cavando—dijo Ochavito.

Y viendo que del tesoro no había ni sombra, metió su cuerpillo por entre las piernas del campesino, y de un empujón le derribó en la fosa. Arrojó encima toda la tierra excavada, y después huyó hasta llegar a un pueblo, donde, entrando en un establo, pasó la noche sobre un montón de paja, dejando para la mañana siguiente el pensar lo que convenía hacer.

Tan pronto como se hubo despertado, abandonó el establo y dió algunas vueltas por el pueblo pensando un medio de ganar dinero.

Era un día de mercado. Estaba toda la plaza llena: se compraba y se vendía en todas partes, pero no se veían muchos céntimos, que es lo que le hubiera gustado a Ochavito.

Por fin, vió en el centro de la plaza un grupo de gente reunida alrededor de un hombre que echaba discursos y vendía paquetes.

—¡Adelante!—gritaba—. Polvos para quitar el dolor de muelas.

Y todos compraban aquellos polvos.

Ochavito reparó que en una esquina estaba un hombre anciano sin articular una sílaba.

—Y vos, ¿por qué no compráis nada?—le preguntó Ochavito—. No parece que estéis muy bien provisto de dientes.

—Todo eso son imposturas—dijo el viejo—; pero hay tontos que, cuando oyen a uno hablar, se dejan coger como los peces en el anzuelo.

Estas palabras causaron impresión en Ochavito, el cual pensó:

—Si en el mundo son tan abundantes los tontos, puedo yo también tenderles la red para pescarlos.

Y tomó una resolución. Al otro día compró un carro que hizo pintar de vivos colores, un borriquito que adornó con ramas y flores, y comenzó a recorrer los pueblecillos vendiendo una incomparable agua milagrosa para no envejecer y hacerse hermoso.

Casi siempre se embolsaba un buen puñado de monedas, y con esto se sentía feliz; pero su alegría no duró mucho. Cierta día se puso a gritar un hombre a su lado, mientras vendía las botellas:

—No le hagáis caso: es un embustero.

Y si no se da prisa a escapar, le apedrean. Tuvo, pues, que cambiar de oficio y de país, porque en aquél no corrían muy buenos vientos para el embustero vendedor de específicos.

Dirigióse a una gran ciudad y abrió un tenducho, donde se puso a vender botellas de líquidos famosos que curaban toda clase de males. Al principio hizo magnífico negocio; hasta que





una mañana se presentó el Rey en persona a comprar una botellita para una hija suya que estaba muy enferma.

—O la salvas —le dijo—, o te meto en la cárcel.

Ochavito no creía en la eficacia de sus medicamentos, y por lo tanto, se consideró perdido oyendo hablar al Rey de aquella manera.

No sabía que hacerse; escaparse era imposible, porque las puertas de la ciudad estaban guardadas por los soldados; dar un remedio que salvase a la Princesa, no era fácil.

—Es preciso hacer un milagro; de otro modo, puedo contarme por muerto —se dijo Ochavito—. No me queda sino encomendarme a Dios o al diablo.

Y como era malo, comenzó a llamar:

—¡Señor diablo, señor diablo!

—Héme aquí —dijo un hombrecillo negro que daba saltos como un gato.

—Es preciso que me ayudes a salvar a la Princesa.

—Y luego, ¿cómo me pagarás?

—Haré todo cuanto quieras.

—Bien, trato hecho —respondió el diablo—. Échale en un vaso estos polvos y se pondrá buena en seguida.

El hombrecillo desapareció, y Ochavito reparó que había sobre la mesa un cucurucho de polvos. Al otro día visitó a la Princesa e hizo todo cuanto el diablo le había encargado, y la Princesa se curó.

El Rey invitó a Ochavito a su mesa, y le dijo:

—Píde cuanto quieras; que aunque sea la mitad de mi reino, te lo daré.

—No quiero más que todo el oro que pueda caber en mi habitación.

El Rey ordenó que fuesen a casa de Ochavito con talegos de oro para llenar la estancia de preciosas moneditas.

Cuando Ochavito vio llegarlos carros cargados de oro que le enviaba el Rey, dijo a los que los conducían que los echaran en un hoyo que había hecho más hondo que un pozo.

Vaciaron allí toda la carga del carro y el hoyo no se relleno.

Fué echada otra montaña de sacos de oro en el pozo, que parecía no

tener fondo, pues no se llenaba nunca, de modo que hubo que acuñar moneda, y aun no bastó.

El Rey, no sabiendo qué hacer, fuese a pedir consejo a un sabio y virtuoso ermitaño.

—Debe ser obra del diablo —observó el ermitaño—; probad haciendo acuñar monedas que tengan una cruz y veréis lo que ocurre.

Hízolo el Rey, y al primer talego de monedas con cruces que cayó en el pozo, quedó éste lleno.

Ochavito era, así y todo, inmensamente rico; en el subterráneo había montañas de oro que se divertía en contemplar con infinito placer.

Pero, obtenida la posesión de aquel oro, había perdido la tranquilidad; si salía, temblaba que se lo robaran; oyendo el más leve rumor, temía que fuesen ladrones dormía poco y no disfrutaba de tranquilidad.

Por temor de sufrir merma en su fortuna, no salía de casa.

Un día sintió un dolor tan grande, que tuvo miedo de morir.

Llamó a los mejores médicos de la ciudad, y les prometió hacerles rico si le curaban; pero ninguno comprendía qué enfermedad era la suya.

Entre tanto venía a su memoria el recuerdo de todo el mal que había ocasionado en el mundo; veía al aldeano que había enterrado en el bosque; a todos cuantos había engañado con sus portentosas aguas, y, si dormitaba algunos instantes, terribles fantasmas se le aparecían en sueños pidiendo venganza. En su angustia deseaba pedir perdón de sus pecados al Señor, ser bueno y practicar el bien.

—Es muy tarde —oyó decir a una voz que resonó en sus oídos y que le pareció ser la del diablo.

Este se presentaba a cobrar la deuda que con él había contraído el avaro.

—Vente conmigo, amigo —dijo el diablo.

—No —contestó Ochavito.

Y arrojándose de la cama, se puso de rodillas ante la imagen de Cristo, pidiendo perdón de sus culpas. Así le sorprendió la muerte y se salvó, pero estuvo bien cerca de perderse. Es inmoral y es peligroso cometer maldades, contando con arrepentirse a tiempo, pues no siempre hay tiempo de arrepentirse.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Parece que tienes cara de mucho sueño, querido Chonón, ¿no has dormido bien esta noche?

—Divinamente bien, mi querido buho. Pero a pesar de ello, tengo sueño y me estoy durmiendo.

—Pues déjalo para otro rato. Ahora es hora de trabajar. Tenemos que hacer nuestra charla para Pinocho. ¿De qué vamos a hablar hoy?

—Vamos a charlar del sueño. ¿Quieres decirme por qué nos dormimos?

—Porque tenemos necesidad de dormir para vivir. El sueño es indispensable a la vida. Un individuo que no duerma nada empezará por perder la memoria, sus facultades mentales se irán debilitando lentamente y al fin sucumbirá a los terribles efectos del insomnio.

—Bueno, pero esa no es exactamente la contestación que te pido. A mí, lo que me interesa saber es por qué nos dormimos. Por qué muchas veces, sin querer dormir, nos rendimos al sueño.

—La contestación es un poquito difícil. Te daré la que a mí me parece que es más lógica. Yo creo que es debido a que mientras permanecemos despiertos se desarrollan en nuestro organismo ciertas substancias venenosas que van a parar a la sangre.

—Perdona mi interrupción, mi querido buho, pero ¿quieres decirme cómo podemos vivir teniendo veneno en la sangre?

—Es una cantidad tan pequeña que no significa ningún riesgo para la vida. Ya recordarás que en una de nuestras charlas te dije que cuando caminábamos mucho, o corríamos, o ejecutábamos algún trabajo violento, sentíamos fatiga y esto no era ni más ni menos que la presencia de ciertas toxinas en la sangre, que se eliminaban por medio del descanso.

—¿Quieres decirme entonces que dormimos para eliminar las toxinas que se acumulan en la sangre durante las horas que permanecemos despiertos?

—Precisamente eso. Mientras no dormimos, nuestro cerebro está en actividad constante y esta actividad lo va cargando de toxinas hasta que llega un momento que se adormece, pide el reposo, el descanso reparador del sueño. Y lo mismo que el cerebro, las demás partes de nuestro organismo. El corazón, los pulmones, los músculos, los nervios, todo nuestro ser, en fin, se halla fatigado y necesita unas horas de reposo absoluto para recuperar nuevas energías y poder sobrellevar la actividad que supone el solo hecho de estar despierto.

—Te advierto que yo, muchas veces, aun estando dormido, estoy en plena actividad. Salto, corro, juego, me canso y acabo por despertarme tan fatigado como cuando me acosté.

—Naturalmente. Aunque tu cuerpo se ha dormido, tu cerebro ha seguido en actividad, no ha descansado, y por eso no notas al despertarte ese bienestar que da un sueño tranquilo, libre de todo ensueño.

—Oye, sabio buho. ¿Es verdad que los niños crecen durante el sueño?

—Rígorosamente cierto. Por esto comprenderás lo importante que es el sueño para el desarrollo de los niños. Una criatura pequeña que duerma poco no puede llegar a ser robusta ni a tener sus facultades mentales bien desarrolladas. Todas las

madres deben velar por el sueño de sus hijos y cuidar de éste tanto como de sus alimentos.

—¿Y si no tienen sueño los niños, qué van a hacer sus madres?

—Si durante el día se mantiene a los pequeños en constante actividad, llegará un momento en que las criaturas querrán dormir y entonces es cuando hay que cuidar este sueño.

—No comprendo qué es lo que ha de hacerse.

—Pues es bien fácil, Chonón. No hacer ruidos, no dejar que la luz llegue adonde el niño duerme. No dejarle destapar en el invierno para que el frío no lo despierte.

—Te advierto que cuando yo tengo sueño no me despierta ni un desfile de carros que pase por mi alcoba.

—Estamos hablando de los niños que duermen poco. Tú ya no necesitas niñera, y además has dormido siempre como un tronco.

—Como un capitán Corretón, dirás.

—Es lo mismo.

—Bueno; y ahora que ya se por qué nos dormimos, quiero saber por qué nos despertamos.

—Cuando nos despertamos por la mañana es porque ya hemos dormido bastante. Nuestro organismo, una vez que se ve libre de las toxinas que lo adormecieron, va volviendo poco a poco a la actividad y sus propias energías le hacen salir de ese estado de reposo en que se pasó la noche. El sueño no es siempre igualmente intenso. Cuando nos quedamos dormidos es cuando dormimos más profundamente. A medida que las horas transcurren, el sueño va debilitándose y llega un momento en que el más leve ruido o la luz más tenue bastan para hacernos volver al estado de vigilia. La oscuridad es una de las cosas que más favorecen el sueño. Por eso las aves y casi todos los seres del reino animal, se entregan al sueño en cuanto el sol declina y despiertan con la primera claridad del día. Si nosotros en vez de vivir en nuestras casas, donde podemos impedir el paso de la luz cerrando las puertas de los balcones y ventanas, viviésemos a la intemperie, como los hombres primitivos, la luz del día nos despertaría como despierta a los demás seres.

—Dime ahora, ¿por qué soñamos?

—Porque muchas veces, por causas ajenas a nuestra voluntad y por muy profundamente que estemos dormidos no cesa la actividad de nuestra imaginación y nos hace ver cosas que en realidad no estamos ejecutando. Una de las causas más importantes y más frecuentes de los sueños es el trabajo del estómago. Comiendo demasiado por la noche o acostándose inmediatamente después de cenar, es casi seguro que se sueña.

—Menos mal para el que cena y sueña. Peor lo pasa el que sueña que está comiendo cosas muy buenas y se ha acostado sin probar bocado, ¿no te parece?

—Qué humorista estás, Chononcito. Anda, vete tú a dormir que buena cara de sueño tienes.

—No lo sabes tú bien. Verás que sueño voy a echar. No me despertarán ni Tin ni Tón con sus barriles de dinamita.

—¿Quieres que hagamos la prueba?

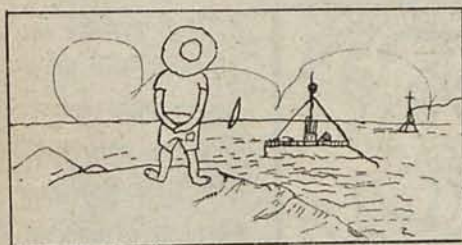
—No; déjalos con sus diabluras en otra parte. Vale más no probar por si acaso.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Submarinos.
LUCIANO RIVERO.



Currinche atracado.
JOAQUIN MESTRE.



Estudio
LCLITA ARENAS.



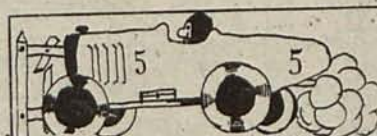
Un pachón.
FELICIANO MOLINA.



Un carnero.
F. M.



El dirigible Italia.
E. POMES.



D. Canuto rompe vallas.
ISAAC DOBAS.



Crucero.
JOAQUIN REQUENA.



1/5 por
S. V.



Turulato.
R. RAYA.



Pinocho.
JOSE PALAUP.



Vendedor de Pinocho.
Pilar Ruiz.



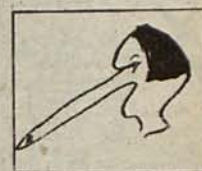
Pinocho campeón.
RICARDITO SERRADOR.



Cuántas, calentitas.
LUIS RODRIGUEZ.



Mi hermana.
E. ALFONSO.



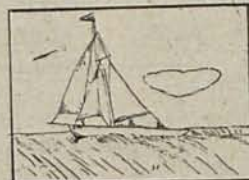
Pinocho.
BERNARDINO ESPINOSA.



Escudo de España.
J. A. Urgoitia.



Mi muñeca.
ROSA SERENA.



Balandro.
JUAN MARCO.



Dos paletas.
C. SOMOZA.



El retrato de Pinocho.
AMALIA MORETA-11 años



Un lobo.
LUIS GABRIEL.



Un demonito.
Angel Moreta-7 años.



Una fortaleza.
E. Talegón-12 años.



Una chinita.
C. González-9 años.

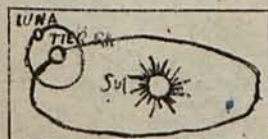


Currinche.
P. RIQUELME.



BARBAS VERDES

es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbi-lón de Cuentos de Calleja en colores.—Precio: UNA peseta.



Sistema solar.
FELICIANO MOLINA.



Un árabe.
CARMEN ALLÍ.



Currinche y Don Turu.
Diego Jimenez-13 años.



El castillo de Belmez.
ANGEL LOPEZ



Morranguis.
JOSE MOYA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL PERRO, EL GATO Y LA TERNERA



Ocultos entre la maleza, con muy malas intenciones, están un perro, un gato y una ternera. ¿Sabéis por qué se ocultan? Para que no les vean esos dos bizarros elefantes que veis en el dibujo, que son dos honrados guardias de seguridad que no toleran en su distrito la presencia de malhechores.

¿Dónde están el perro, el gato y la ternera?

DIBUJO CON ERRORES

La otra mañana decidimos, aprovechando lo hermoso del día, hacer una visita a nuestro pobre amigo, el dibujante loco. La mañana era hermosa, el sol, allá en lo alto, esparcía sus más hermosos rayos y una patrulla de gorriones lanzaba al aire, transparente y sutil, las notas armoniosas y puras de sus privilegiadas gargantas. Pío, pi, pío, pi...

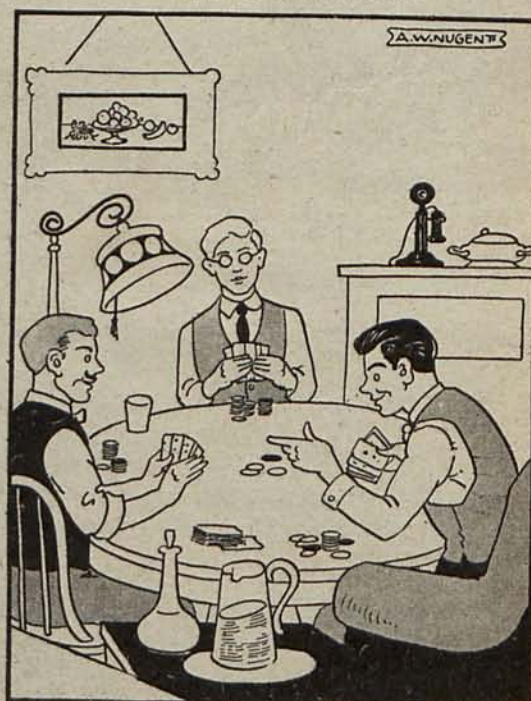
Todo, todo parecía entonar un himno al Creador. El buey mugiendo junto al heno, el arroyo discurriendo entre los guijos limpios y claros, la brisa susurrando entre los árboles, y los gorriones lanzando al aire las notas armoniosas y puras de sus privilegiadas gargantas... Pío, pi, pío, pi...

Entramos en el manicomio, llenos de ilusión, de optimismo, de esperanza... pero desgraciadamente nuestro dibujante continuaba más loco todavía que el primer día.

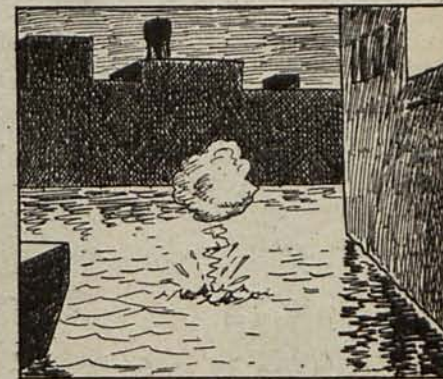
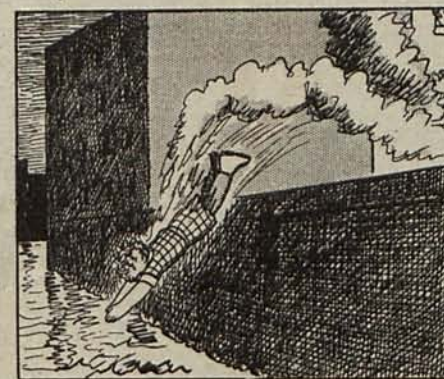
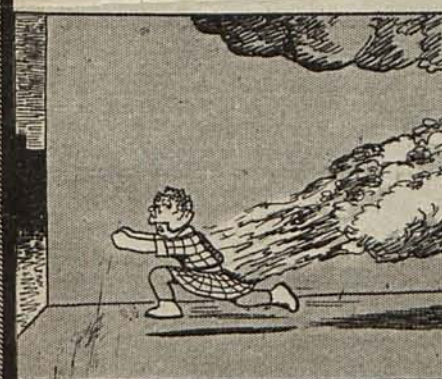
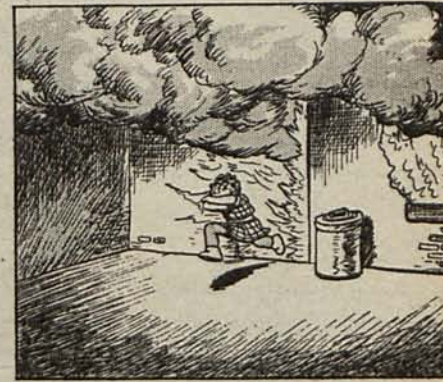
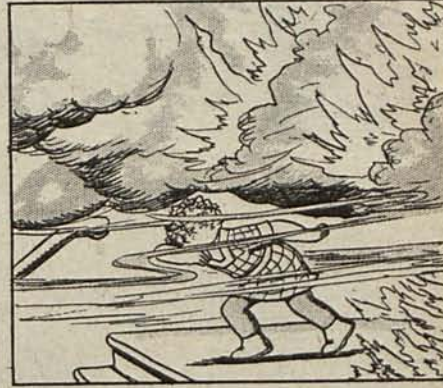
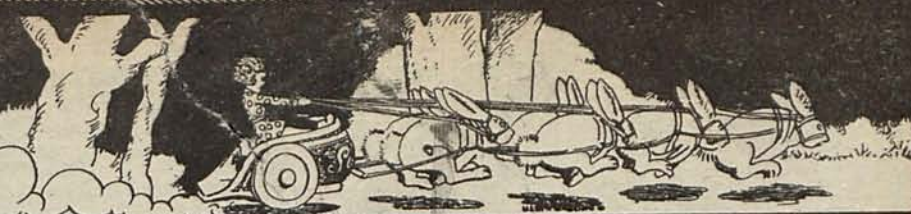
En cuanto nos vió entrar empezó a recitar una poesía de Tagore en vascuence y a continuación nos entregó el dibujo que publicamos en el que hay siete errores...

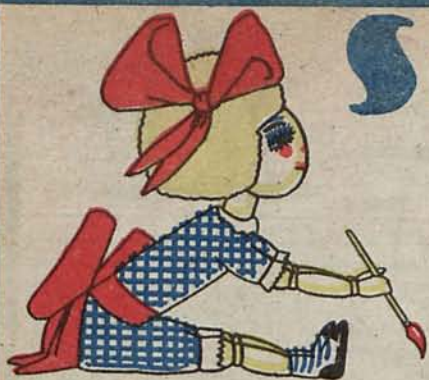
Salimos del manicomio llenos de negros pensamientos...

Una patrulla de gorriones lanzaba al aire, transparente y sutil, las notas armoniosas y puras de sus privilegiadas gargantas... Pío, pi, pío, pi...



ANITA BUEN- CORAZON





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA.—*Historia de Peloncita (fin).*—Lo que se abría paso entre las zarzas y avanzaba hacia Peloncita, era en efecto una fiera, un enorme león.

Ante esta aparición la pobre sintió que sus tres pelos se le ponían de punta, y además se alargaban tanto que llegaron hasta la más alta rama de un árbol a la cual se enroscaron; y cuando el león, con un salto y un rugido, se abalanzó hacia su presa, Peloncita se sintió levantada en vilo por sus tres pelos, a tal altura que el león no logró alcanzarla. Decepcionado, furioso y avergonzado, el león se marchó con la cola entre las patas, mientras que los tres pelos se desenroscaban de la rama y Peloncita volvía a encontrarse en el suelo, sin daño alguno.

Toda estupefacta de su extraña aventura echó a correr, huyendo de aquellos parajes peligrosos.

Estaba cansada, tenía hambre y sueño; mas en la selva, ¿cómo hallar un albergue donde comer y dormir?

De pronto se encontró en un lugar fantástico; estaba rodeada de árboles enormes, y cuyo tronco debía de ser hueco, pues por unas rendijas pasaba luz. Aquellos árboles servían sin duda de casa a algunos seres misteriosos. Peloncita se acercó a un hermoso abeto y dió con los nudillos: «toc, toc, toc.» Al punto, se abrió en el tronco una puerta y apareció en el umbral un gnomo vestido de rojo y azul, con una larga barba de color verde. Al verla, el gnomo llevó a sus labios un silbato de plata que le pendía sobre el pecho y lanzó un silbido estridente.

Entonces, todas las puercecitas de todos los árboles se abrieron a un tiempo y de cada tronco surgió un gnomo igual al primero; todos los gnomos rodearon a Peloncita, enseñándole el puño y gritando furiosas imprecaciones: «¡Ha venido a robarnos nuestros tesoros! ¡Muerla! ¡Hay que matarla! ¡Hay que tirarla al agua!»

Entre todos la cogieron, se la llevaron y fueron a arrojarla, desde lo alto de un puente, a un río caudaloso que pasaba por allí.

Pero al caer al agua la infortunada Peloncita, sus tres pelos tornaron a alargarse se enroscaron al puente y la sostuvieron sobre la superficie del agua, de tal suerte que, en lugar de ahogarse, tomó tan sólo un baño muy agradable.

Ante semejante prodigio, abandonar a sus queridos súbditos. Cuando en la capital del país se vió llegar a aquella dama bellísima, de pelo verde, rodeada de un séquito de gnomos, y cubierta de alhajas, se la recibió con todos los honores debidos a una princesa extranjera; el rey le abrió de par en par las puertas de su palacio y la invitó a un baile que daba para celebrar el vigésimo cumpleaños de su hijo.

Este hijo del rey, se portó naturalmente como debía portarse y como os podéis suponer; toda la noche no paró de bailar con la bella desconocida y, rendidamente enamorado, acabó casándose con ella.

Peloncita—que ya no era Peloncita—cargada de honores, de riqueza, de títulos y de dicha, que debía a sus tres pelos, no se olvidó sin embargo, de los malos ratos que le había valido el nacer calva y de que quedaban muchos calvos por el mundo.

Instituyó premios cuantiosos para quien inventase un ungüento que hiciese crecer el pelo infaliblemente. Pero por más que las tres cuartas partes de los habitantes del país se dedicasen a fabricar ungüentos para aspirar al premio, tengo entendido que éste se ha quedado desierto.



los gnomos maravillados, se arrodillaron a los pies de su cautiva, la nombraron su reina y se la llevaron en triunfo a su ciudad de árboles, donde destinaron para palacio real de la nueva soberana, una encina cuyo tronco tenía un diámetro de cincuenta o sesenta metros por lo menos.

Peloncita vivió unos cuantos años entre sus súbditos, adorada, obedecida, mimada como jamás lo fué reina en el mundo; y... desconocida de guapa que se había vuelto.

No, no es que le creciera el pelo, pero, casi, casi. Y era que los gnomos, arrancándose todos unos cuantos pelos de sus respectivas barbas, le habían fabricado una peluca rizada que era una preciosidad y que además tenía la propiedad de que, una vez colocada sobre la cabeza de Peloncita, ya no podía caerse y daba la sensación completa de ser su propio pelo.

Un buen día, la reina de los gnomos que empezaba a aburrirse en la selva, resolvió irse a la ciudad, claro está que sin